

La vida y la muerte en una sola mano

Una novela

de

Markus Vinzent

*«Curar, tan indiferente como no curar,
casi.
(Y sólo en ese “casi” residía
todo el potencial de esperanza
que aquel tiempo y aquel lugar podían ofrecer.)»
- Klaus Hartung*

Espiral A – Hacia la historia

Prensa

21 de abril de 2025.

La profesora Dra. Lea Mendel hablaba por teléfono. Otra vez la prensa. Había que enviar más información sobre el aniversario del día anterior. Al mismo tiempo, el busca que llevaba en el bolsillo lateral de la bata empezó a sonar. Una colega llamó a la puerta. Su asistente, la Dra. Eva Bernstein, dejó el informe impreso sobre la mesa de su jefa:

—¿El nuevo programa de recortes del Gobierno! ¿Absorción del hospital infantil judío por la Charité?

La profesora Mendel echó un vistazo al papel, alzó las cejas, sacó del bolsillo el aparato que seguía pitando y miró brevemente la pantalla: rojo. Se volvió hacia su asistente.

—¿Urgente?

—Sí. Más importante que el informe. Creo que estamos perdiendo a Miri, a menos que el riñón donado por su madre llegue todavía a tiempo.

—¿Motivo del retraso?

—La presión arterial. Y la hemoglobina sigue bajando.

Asintió secamente.

—Ocúpese de la niña. Yo voy a ver a la madre. Un minuto.

Por un instante permaneció inmóvil, apenas un segundo; luego ya había desaparecido por el pasillo. Sin más instrucciones.

La Dra. Bernstein se quedó atrás, se levantó de un salto de su mesa, agarró la bata y se preguntó por un momento si quedaba algo que hacer antes de ir a ver a la niña. También a ella le latía el corazón a toda velocidad.

El despacho y su escritorio parecieron de pronto abandonados, como si su contenido comenzara a disolverse. La impresora seguía ronroneando y el informe sobre el programa de recortes se deslizó casi por sí solo bajo otros papeles cuando la Dra. Bernstein cerró la puerta. Las personas eran más importantes que las líneas y los signos. Corrió hacia el área de quirófanos, donde estaban preparando a Miri para el trasplante. Las enfermeras le pusieron en las manos las hojas con los datos, la informaron de la situación; ella se acercó a la niña, le tomó el pulso y comprobó la temperatura de la piel, examinó sus pupilas, le acarició las mejillas. Después dio instrucciones. En ese mismo instante se abrió de golpe la puerta. La profesora Mendel estaba ante ella.

—Gracias. La madre de Miri se está estabilizando. Me hago cargo yo; puede volver al despacho. Del informe me ocuparé más tarde. Y prepare la teleconferencia de mañana con la Clínica Mao; tengo que pronunciar el discurso de apertura.

La Dra. Bernstein confirmó que había entendido los encargos y giró sobre sus talones.

En la pantalla de su ordenador parpadeaban solicitudes de distintas redacciones. La primera decía: «Para nuestro reportaje de prensa —100 años del hospital infantil—, ¿necesitamos todavía material sobre la historia entre 1933 y 1945?». Sabía que ahora tendría que ocuparse ella, hasta que regresara la profesora Mendel. Su jefa, sin embargo, se había anticipado a preguntas como aquella y había preparado un breve texto: dos frases neutras que silenciaban todo lo esencial, pero mencionaban a los 93 niños que el Ejército Rojo había

encontrado con vida al final de la guerra. La Dra. Bernstein sólo tenía que escoger la respuesta adecuada, copiarla y enviarla. En realidad.

Sus dedos quedaron suspendidos sobre el teclado.

En su discurso del día anterior, la profesora Mendel apenas había aludido a aquellos años. No había querido removerlos. La Dra. Bernstein intuía por qué.

Tomó la documentación que había preparado para su jefa con motivo del aniversario. Entre los papeles había un artículo sobre la fundación que había quedado oculto debajo del discurso:

Berliner Morgenblatt, 20 de abril de 1925

«Inaugurado un nuevo hospital infantil de la Comunidad Israelita»

Con sencilla solemnidad y dignidad, la Comunidad Israelita de Berlín celebró ayer domingo la inauguración oficial de su nuevo Hospital Infantil Rothschild, situado en la Auguststraße.

El profesor Dr. Ernst Abraham, médico jefe municipal, dio la bienvenida en el patio del edificio a numerosos invitados procedentes de la administración y del cuerpo médico, entre ellos la recién nombrada directora del hospital infantil, la Dra. Dinah Halberstam; el representante de la Oficina Municipal de Salud, Dr. Alfred Baumgartner; el médico jefe de los servicios sanitarios de la Policía de Berlín, Dr. Julius Hartmann; y el alcalde del distrito de Berlín-Mitte, Max Fürstenberg.

En su discurso, el profesor Abraham destacó que el nuevo hospital estaba «dedicado a los miembros más débiles y vulnerables de nuestra comunidad» y que, mediante esta clínica general abierta a todas las confesiones, la Comunidad Israelita contribuía «a la recuperación de la vida urbana en su conjunto».

Los representantes de las autoridades agradecieron a la Comunidad Israelita su compromiso social y aseguraron al nuevo centro «el apoyo benevolente de las instituciones municipales».

Tras la ceremonia, los presentes pudieron visitar las modernas salas, las dependencias para lactantes y las consultas.

La inauguración, celebrada bajo un radiante cielo primaveral, despertó gran interés.

Un comienzo esperanzador, pensó la Dra. Bernstein, al que su jefa se había referido en su discurso. ¿Debía enviar a la prensa una copia escaneada del artículo? ¿Bastaría aquello para arrojar luz sobre los años oscuros? Con cierta vacilación, siguió hojeando el material. La profesora Mendel había leído en voz alta la feliz noticia con la que comenzaba el siguiente artículo:

Berliner Tageblatt, 11 de mayo de 1945

Nace en Berlín el primer niño judío: un símbolo de que una nueva vida judía vuelve a ser posible. La época oscura iniciada en 1933 ha terminado. El Hospital Infantil Judío de Berlín fue la única institución judía de su clase en Alemania que sobrevivió al nacionalsocialismo. Un lugar de curación y un lugar de horror. Aquí sobrevivieron, en sótanos y pasadizos secretos, más de 700 niños, familiares, miembros del personal y médicos, pese a

las bombas aliadas, pese a la Gestapo y las SS. Un puerto de llegada y también de deportación. Y, sin embargo, un símbolo de esperanza.

La Dra. Bernstein se quedó mirando las últimas líneas, ligeramente borrosas por la mala digitalización. *Un lugar de curación y de horror... deportación.* Aquello no podía entregárselo a la prensa. Imposible. Sobre todo con aquella opinión pública populista de derechas. Pensó en los manifestantes.

Ya veía ante sí los titulares en grandes letras negras:

Nada de Holocausto: el hospital infantil judío, hasta el amargo final.

Nazis y judíos bajo el mismo techo.

¿Deportó la dirección del Hospital Infantil Judío? — La derecha exige acceso a los archivos.

Ahora no. No cuando la propia clínica estaba bajo presión, cuando se filtraban rumores sobre su absorción, cuando supuestamente la Charité ya había elaborado modelos estructurales y su jefa no sabía cómo financiar los sesenta millones en daños causados por el agua, que también habían afectado al archivo. ¿Conseguiría el dinero de Occidente lo que los nazis no habían logrado?

Su mirada volvió a la primera línea:

Ha nacido en Berlín el primer niño judío...

Una frase de otro mundo.

Sonaba a una herida de un siglo, a una primera bocanada de aire que nunca debería haber podido darse. No en Berlín. No respirando aire alemán.

Un aire que volvía a hacerse más tenue.

Iba a dejar el artículo a un lado cuando vio en el margen algo que antes había pasado por alto: un pie de foto, apenas legible, torcido por el escaneado:

«La enfermera jefe J. Lewin con el recién nacido.»

La Dra. Bernstein frunció el ceño.

¿J. Lewin?

Conocía ese nombre. ¿Lo había visto hoy en el correo recibido? ¿O en la lista de documentos de archivo que debía consultar para la profesora Mendel en el archivo de la Charité, pero que todavía no eran accesibles a causa de los daños provocados por el agua?

Su mirada se desplazó hacia la lista que aún esperaba en la bandeja. En la tercera página leyó la entrada: Legado E. Lewin. El mismo apellido. Quizá algún parentesco con la enfermera jefe. Antes de que pudiera seguir especulando, sonó su busca: mensaje interno de coordinación de quirófanos.

«Madre inestable. Trasplante incierto. No localizamos a la profesora Mendel.»

La Dra. Bernstein llevó la mano a la pantalla. No conseguía despertarla. Seguía negra. Como si el mundo quisiera despedirse de sí mismo. Un instante en el que ella no se volvió, ni hacia delante ni hacia atrás. Simplemente permaneció allí.

Vaciló. Le concedió al aparato, se concedió a sí misma aquel instante. Negro. Noche. Nada.

Después de respirar profundamente, lo intentó de nuevo. La pantalla volvió a la vida. Y le permitió ver el mensaje que ahora brillaba ante sus ojos: gracias a Dios, la profesora Mendel acababa de salir de otro quirófano y ya iba de camino hacia la madre.

Volvió a mirar la línea desvaída del viejo artículo.

La enfermera jefe J. Lewin.

No habría sabido decir por qué, pero sintió frío. Un frío que no venía del pasillo ni de fuera. Había algo en aquel nombre...

¿Lo había mencionado alguna vez la profesora Mendel? ¿O había evitado mencionarlo deliberadamente? No. Hasta entonces aquel nombre no había aparecido en ningún expediente, tampoco en el resumen histórico de la página web de la clínica.

La Dra. Bernstein sabía que tendría que seguir esperando; sus colegas habían enviado a restaurar las partes dañadas del archivo. No habían podido decirle cuándo podría volver a consultarlas.

Buscó mentalmente una frase adecuada para la información destinada a la prensa.

No lo toques, se dijo. Ahora no.

Sus dedos encontraron el borde de la tapa, el cartón ondulado que, tras décadas y la reciente inundación, cedía como piel envejecida.

Desde fuera llegó un grito:

—¡NECESITAMOS A LA PROFESORA MENDEL AHORA MISMO!

La Dra. Bernstein respondió:

—¡Ya va!

Entonces oyó dos sonidos casi a la vez: el golpe de una puerta al cerrarse y un leve golpeteo, apenas perceptible; no procedía del pasillo, sino de las profundidades de la caja. ¿O había sido sólo una corriente de aire?

Levantó la tapa.

Encima de todo había un sobre delgado. Inscripción:

«Dr. Dr. Mavet – Viena, 1924».

Reanudando el hilo en Viena

1924. Viena.

El Dr. Dr. Chaim Mavet salió del Hotel Bristol, las entradas para el concierto en una mano, los guantes en la otra. Amaba la música del joven prodigio Leonard Kornberg, celebrado en Viena. A los doce años ya había compuesto un ballet pantomímico, había orquestado una obra para piano de su maestro Alexander von Zemlinsky y mostraba ya entonces influencias del Romanticismo y de la Modernidad, aunque al mismo tiempo había creado una esfera propia.

Aquella noche se interpretaría una de sus sonatas para piano más recientes, escrita dos años antes, cuando tenía diecisiete. Felix Weingartner la tocaría.

Para el Dr. Dr. Mavet, eso ya era motivo más que suficiente para salir temprano y de excelente humor.

A su lado caminaba su colega, la Dra. Hertha Lindhoff, media cabeza más alta que él; en privado podía llamarla Hertha, pero en el servicio siempre se dirigía a ella como Dra. Lindhoff. La Ringstraße palpitaba; bajo la luz de gas se mezclaban los fiacres con los lujosos automóviles Effinger, y sobre el Stadtpark soplaba un viento suave. A él le interesaban tanto las normas de circulación como los escaparates de las tiendas elegantes.

Chaim se detuvo delante de una sombrerería y contempló las líneas precisas del fieltro, los bordes moldeados a mano.

—Taller judío —dijo en voz baja.

Hertha asintió.

—Se nota en la calidad.

—Artesanía y tradición aprendidas durante generaciones.

Los dos se habían conocido en 1916, durante la guerra, mientras trabajaban en un hospital militar de Breslau. A él le había llamado la atención aquella joven de largos cabellos castaño-negros que caían sobre la bata blanca de enfermera. Acababa de aprobar el bachillerato, se preparaba para iniciar sus estudios de Medicina en Múnich y quería aprovechar el tiempo hasta el comienzo del curso para adquirir experiencia práctica como auxiliar de enfermería. Él se había presentado voluntario al ejército; quería profundizar allí su práctica quirúrgica y ayudar a las personas. Ya había obtenido la habilitación para ejercer como médico y estaba redactando su tesis doctoral como antropólogo médico sobre hallazgos óseos procedentes de su tierra natal, en el Palatinado, cerca de Ludwigshafen. Los seis años de diferencia de edad quedaban compensados por la imponente presencia de ella: una pareja desigual que encontraba precisamente en su diferencia aquello que le agradaba.

Continuaron su camino y, mientras ascendían por la ligera pendiente que conducía hacia Schwarzenbergplatz, Hertha habló de sus años en Múnich, donde había estudiado durante los últimos años de la guerra y después de ella, y donde también había obtenido la habilitación médica y el doctorado. Contaba con entusiasmo cuánto había admirado la seriedad de sus profesores y sus esfuerzos por los mutilados de guerra y los enfermos del hospital, algo que había podido experimentar por primera vez junto a Chaim en el hospital militar de Breslau. Él había sido el primero de quien había aprendido qué significaba ser médico con todo el corazón.

Chaim la miró algo azorado. El elogio le había llegado. Quería hacerle una pregunta, pero consideró que el silencio era una expresión más profunda de la cercanía que se había desarrollado entre ambos durante el tiempo compartido, en aquella lucha por los heridos, los mutilados y los moribundos. Que aquellos lazos reaparecieran también allí, en su reencuentro en Viena, adonde había invitado a Hertha por el amor común a la música, lo animaba mientras la escuchaba. Ella parecía disfrutar del camino hacia la sala de conciertos no menos que él.

Le habló de sus planes de trasladarse a Viena en un futuro próximo para una estancia de investigación y trabajar durante algunas semanas con fondos antropológicos que el director del instituto de allí le había prometido. Un motivo más por el que la había invitado a Viena. Y añadió —sin darse cuenta de la incertidumbre que introducía con ello en la conversación—, con una especie de orgullo casual, que había recibido una oferta de Mainz que estaba considerando seriamente. Aquello le daría la posibilidad de combinar sus investigaciones etnográficas y antropológicas con el desarrollo de un sistema de asistencia sanitaria para el Estado Popular de Hesse y, quizá más allá de éste, también para Prusia. Esto último, dijo, era su verdadera orientación.

¿Lo era?

Con vehemencia había dibujado para Hertha su futuro, el de ella, el de los dos juntos, y sin embargo se quedó atascado a mitad de una inhalación, como si se hubiera atragantado con la nada del aire. Tosió, buscó recuperar el control. Aunque desde fuera sólo parecía un tropiezo

diminuto, Hertha había advertido su inseguridad. Pero antes de que pudiera tocarle el brazo, animándolo, sosteniéndolo, Chaim ya se había recompuesto y volvía a lanzarse hacia el futuro.

Sólo aquella poderosa fuerza política, continuó, tenía futuro y sería capaz de transformar el mundo de la medicina. Ya tenía la idea de escribir una obra fundamental sobre la actividad médica en el servicio público, quizá una vía para llegar hasta lo más alto, tal vez obtener un puesto en Berlín y alcanzar desde la capital del Reich reconocimiento internacional.

Hertha escuchaba atentamente. Vacilaba sobre cómo debía entenderlo. Hasta entonces siempre había creído que él quería ser médico y nada más. Ahora oía que deseaba permanecer en la investigación, quizá incluso se inclinaba hacia la función pública, pero al mismo tiempo albergaba ambiciones mayores. Y eso a pesar de que apenas unos meses antes había abierto su propia consulta en Ludwigshafen. Ella sólo conocía Berlín superficialmente y nunca había estado en Mainz ni en Ludwigshafen. Pero lo que Chaim esbozaba sonaba a una búsqueda decidida, aunque no estuviera claro hacia dónde debía conducir. En algunos aspectos recordaba Breslau, su entrega sin concesiones; después, sin embargo, también sus discusiones acerca de si la finalidad debía ser devolver a los heridos la capacidad de combatir o darles la oportunidad de escapar del frente peligroso. Ella había defendido esta última posición; él, en un principio, la otra, hasta que finalmente había acabado por adherirse a la suya.

Quizá, dijo ella después de una breve pausa, el puesto en Mainz le ofreciera la posibilidad de no limitarse a reaccionar ante el sufrimiento, sino de prevenir enfermedades de antemano. Tal vez fuera precisamente la prevención lo que lo atraía y lo que permitiría dar a su profesión la orientación que había tenido desde el principio.

Llegaron a la entrada de la sala de conciertos y, mientras se congregaba la multitud de asistentes, Chaim se detuvo un instante y se volvió hacia Hertha.

—¿Cuáles son tus próximos planes?

—Me gustaría seguir formándome en pediatría, pero también iría contigo. Mi objetivo, de acuerdo con mi formación luterana, es dedicarme a la salud de los pequeños y de los más pequeños. Eso puedo hacerlo en distintos lugares. Mi sueño sería trabajar en un hospital infantil.

Chaim inclinó la cabeza de un lado a otro.

—Tenemos muchos planes. En Ludwigshafen hay una clínica infantil, no lejos de la B.A.S.F. Podría intentar vincular las negociaciones sobre mi puesto con unas para ti.

—¿Quieres decir: volver a acercarnos y luchar juntos por nuestras carreras, como luchamos durante la guerra?

—¡No sin heridas!

—¿En cuáles estás pensando? ¿En tu acercamiento a los cristianos?

—Lo has expresado exactamente. Mi pacifismo supuso para mí un giro, también hacia ti: dos ondas de choque para mi familia. Pero aquel herido gravísimo, un baptista convencido, que prefería morir antes que disparar al enemigo que le apuntaba, y que llegó ante nosotros sin posibilidad de salvación y murió bajo mi cuchillo... él cambió mi vida. Me puso en un camino por el que sólo podía seguir hacia delante, nunca volver atrás.

—Y, sin embargo, acabó convirtiéndose en nuestro camino común. Me costó muchísimo abandonar entonces el hospital militar cuando me fui a estudiar a Múnich. También me fui preocupada por ti.

—Sin aquella experiencia hoy no estaríamos aquí.

—Tampoco fue sencillo. Más bien una lucha.

—Y nuestra decisión.

Poco después, cuando estaban sentados en sus butacas de la sala de conciertos y sonaron los primeros compases de la sonata, Chaim sintió cómo se extendía dentro de él una calma que apenas había conocido desde la marcha de Hertha de Breslau. Parecía que no sólo estaban sentados en la misma sala, escuchando la misma música y retomando el hilo de aquellos años anteriores. Hertha se apoyó en él. Los delicados movimientos de ambos fueron encontrándose y mostraron su armonía.

Weingartner interpretó con suavidad los pasajes románticos, pero tampoco rehuyó subrayar las ocasionales rupturas modernas y contraponer armonía y disonancia.

Así escucharon el alternarse de la claridad y la oscuridad y siguieron hilando aquel hilo que habría de determinar los años venideros.

100 Jahre Jüdische Kinderklinik Berlin

20. April 2025.

„Frau Dr. Bernstein – wo sind die Presseunterlagen?“

Die Assistentin reichte ihrer Chefin in der Tür die Mappe: „Mit ein paar Zeitungsausschnitten.“

Prof. Mendel war bereits unterwegs.

Ein Stock tiefer wartete im Eingangsbereich der Kinderklinik das geladene Publikum zur Eröffnung der Ausstellung „Hundert Jahre Jüdisches Kinderkrankenhaus Berlin“.

Blitzlichter schossen auf.

Kamerageräte liefen.

Gäste standen zwischen den Ausstellungspaneelen mit Bildern von 2025, 2012, 1989, 1977, 1945, 1939, 1925.

Weitere Gäste drängten sich durch die Eingangstür. Medizinisches Personal, Politiker, Rabbiner und andere Geistliche, Kinder, Angehörige, ältere Menschen, Presseangehörige.

Prof. Mendel begrüßte sie: Die Jüdische Kinderklinik in Berlins Mitte. Im Herzen von Deutschlands Hauptstadt. Eine Bastion, die in der Weimarer Demokratie geschaffen worden war. Von den Nationalsozialisten fast geschleift. Heute erneut gefährdet. Sie schloss mit Dank an die Gründer, die Unterstützer, die Stadt, Politik, Ärztekammern, Krankenkassen, Personal, Kinder und Verwandte, die jüdische Gemeinde, Gönner und Sponsoren. Nicht zuletzt die Presse.

Es folgten Reden, Glückwünsche. Vor dem Haus ein großes Aufgebot an Schutzpolizei und auf der anderen Straßenseite, hinter einer von Beamten geschützten Absperrung ein Aufgebot von Rechten und Neonazis: „Weg mit dem jüdischen finanziellen Massengrab!“

Auf den Plakaten das Gebäude des jüdischen Krankenhauses von 1914 an der Exerzierstraße, nicht weit entfernt das elf Jahre später ausgegründete Jüdische Kinderkrankenhaus. Daneben Zahlen der stationär aufgenommenen Kinderfälle pro Jahr (anfangs 110 Betten) – Frau Prof. Mendel hatte darauf bestanden, mit den aktuellsten Zahlen zu beginnen, Betrachter sollten mit ihnen und mit ihr in die Tiefen der Zeit hinabsteigen, dem

Gewicht, der Bedeutung und der Würde wegen all derer, auf deren Fundament zurückgeblickt wird:

2025: 3.100

1989: 2.200

1977: 1.900

1945: 320, davon 93 bei der Besetzung durch die Rote Armee lebend

1939: 950

1925: 650 stationäre Aufnahmen

Bildpaneele mit Einblicken in die Räume, Eltern mit Kindern, Ärztinnen, Ärzten und Babys, Jugendlichen, Schwestern.

Die Leitungen des Jüdischen Kinderkrankenhauses:

2003 –: Prof. Dr. Lea Mendel

1985 – 2003: Prof. Dr. Israel Bendix

1963 – 1985: Prof. Dr. Leo Berendsohn

1945 – 1962: Dr. Daniel Hirsch

1942 – 1945: Dr. Dr. Chaim Mavet

Dr. Bernstein blieb an diesem Namen einen Moment länger hängen. Vielleicht, weil ihr der Name auf der Webseite nicht begegnet war. Und bisher auch in keiner Rede fiel.

1925 – 1942: Dr. Dinah Halberstam

Die Entwicklung des Jüdischen Kinderkrankenhauses:

2022: Grundstein für neues Bettenhaus

1963: Umwandlung in Stiftung des bürgerlichen Rechts (Träger Jüdische Gemeinde und Land Berlin), Zusammenarbeit mit Perinatalzentrum Rudolf-Virchow/Charité

1989: Modernisierung, akademisches Lehrkrankenhaus mit Charité

1945: Wiederaufbau, regulärer Krankenhausbetrieb für die Allgemeinheit, v.a. wichtig für Versorgung im Wedding

1942: Jüdische Leitung wird ersetzt

Personalkörper: stark reduziert – Patientenzufluss übersteigt Kapazitäten

1935: Neue Änderung von „Persische Straße“ zu „Iranische Straße“

1934: Änderung der Adresse von „Exerzierstraße“ zu „Persische Straße“

1933: NS-Verbote der Behandlung von „arischen“ Kindern, nichtjüdische Angestellte müssen entlassen werden

1925: Ausgründung aus dem Jüdischen Krankenhaus Berlin

Spielszenen des angegliederten Kindergartens, der Kinderkrippe aus den achtziger Jahren.

Im Seitengespräch mit dem Leiter der Berliner Gesundheitsabteilung: „Berlin ist hoch verschuldet.“

„Die Kinderklinik hat so viel durchgemacht, sogar die Nazizeit überstanden.“

„Aber wie.“

„Nicht aus eigenem Verschulden, so wenig wie heute.“

„Wir müssen konsolidieren.“

„Aber unter Erhalt des Spezifikums.“

„Lassen Sie uns darüber reden, nicht heute. Heute feiern wir.“

„Fällt mir leichter, wenn ich weiß, dass es weitergeht.“

„Weitergeführt wird die Klinik – habe auch die Zusage aller Beteiligten der Charité, der führenden Politiker des Stadtrats, auch der Bundesregierung, die einzigen Gegner sind die Abgeordneten der Rechten und der von den Rechten dominierte Gesundheitsausschuss des Parlaments.“

Prof. Mendels Miene verfinsterte sich. Wusste, wenn sie jetzt noch einmal das Mikrofon ergreifen würde, böte sie der anwesenden Presse nur noch ein Thema, das sie weder dieser noch der Rechten als Plattform bieten wollte. Der Leiter der Gesundheitsabteilung hatte recht. Heute musste sie feiern. Eine bessere Ausgangsposition für die Verhandlungen der nächsten Wochen schaffen.

Eine Dame, die bereits einige graue Haare besaß, nahm sie zur Seite: „Rabinowitsch ist mein Name, Elsa Rabinowitsch. Meine Familie stammt aus Schlesien, Ratibor, doch meine Großeltern sind 1942 in die USA entkommen, nachdem ihre Zwillinge, eines davon war meine Mutter, im Jüdischen Kinderkrankenhaus behandelt und sie gerettet worden war.“

„Und das andere Zwillingsskind?“

Die Dame winkte ab, Tränen in ihren Augen.

„Was Sie tun, Ihr Kampf, Ihr Einsatz – unsere Familie wird Sie und das Klinikum unterstützen. Wir haben etwas Vermögen. Wie hoch ist der jährliche Bedarf?“

„Kommen Sie mit in mein Büro“, bat sie Prof. Mendel, wir können die Gäste für einen Augenblick meinen Kolleginnen und Kollegen überlassen.

„Erzählen Sie von Ihren Erfahrungen und denen Ihrer Mutter und Großeltern“, eröffnete sie das Gespräch und ließ Dr. Bernstein einen Tee für die Dame bringen, die ungebrochenes, wenn auch amerikanisch gefärbtes Deutsch mit jiddischen Einsprengseln sprach.

„Zu viel für hier und heute. Aber ich bin noch einige Tage in Berlin. Will noch einige Gräber besuchen. Auch die große Synagoge. Und dann noch nach Ratibor, dem heutigen Racibórz. Dort auf den früheren jüdischen Friedhof, wo auch das Grab der Mutter von Dr. Halberstam sein soll. Ihre Tochter hat uns gerettet und ich will ihrer Mutter meine Ehre und meinen Dank erweisen, einen Stein darbringen.“

„Ausgerechnet ihr?“

„Es gab bessere, es gab noch schlimmere. Für das Gute, das verblieben war, müssen wir auf ewig dankbar sein.“

Prof. Mendel schwieg.

„Sagen Sie ganz offen, was das Krankenhaus zum Überleben braucht.“

Prof. Mendel wagte nicht zu antworten, nahm einen Stift. Schrieb eine Zahl darauf. Dahinter: Jahresdefizit.

Elsa Rabinowitsch steckte den Zettel in ihre kleine Handtasche, stand auf, reichte Prof. Mendel die Hand: „Danke, danke, dass es diesen Ort gibt. Es wird ihn weitergeben. Sie hören von mir. Überlassen Sie es mir – mir und meiner Trauer.“

Prof. Mendel setzte sich kurz auf ihren Schreibtischstuhl, schaute auf den kleinen Zettelblock, von dem das oberste Blatt fehlte. Der Füllfederhalter lag daneben, ohne Kappe.

Draußen schien die Welt sich nicht verändert zu haben. Aus dem tiefergelegenen Stock hörte sie laute Geräusche, aus dem Kindergarten klang Musik, Kinder schrien. Sie schaute auf den OP-Plan, ihren Piepser, fasste sich. Verließ ihr Büro: „Danke Dr. Bernstein für den Tee, bin im OP, sehen Sie bitte nochmal nach unten, wenn Sie mich brauchen, piepsen Sie an. Lassen Sie mich wissen, wie es Miris Mutter geht. Wir brauchen dringend ihre Niere.“

100 años del Hospital Infantil Judío de Berlín

20 de abril de 2025

—Dra. Bernstein, ¿dónde están los documentos para la prensa?

La asistente entregó a su jefa la carpeta en la puerta.

—Con algunos recortes de periódico.

La profesora Mendel ya estaba en marcha.

Un piso más abajo, en la zona de entrada del hospital infantil, el público invitado esperaba la inauguración de la exposición «Cien años del Hospital Infantil Judío de Berlín». Saltaron los flashes.

Las cámaras grababan.

Los invitados permanecían entre los paneles de la exposición con imágenes de 2025, 2012, 1989, 1977, 1945, 1939, 1925.

Más personas seguían entrando por la puerta principal. Personal médico, políticos, rabinos y otros representantes religiosos, niños, familiares, ancianos, miembros de la prensa.

La profesora Mendel les dio la bienvenida: el Hospital Infantil Judío, en pleno centro de Berlín. En el corazón de la capital alemana. Un bastión creado durante la democracia de Weimar. Casi arrasado por los nacionalsocialistas. Hoy, de nuevo amenazado.

Terminó dando las gracias a los fundadores, a los colaboradores, a la ciudad, a la política, a los colegios médicos, a las cajas de seguro de enfermedad, al personal, a los niños y sus familiares, a la comunidad judía, a los benefactores y patrocinadores.

Y, no en último lugar, a la prensa.

Siguieron discursos y felicitaciones.

Delante del edificio había un fuerte dispositivo de policía uniformada y, al otro lado de la calle, detrás de una barrera protegida por agentes, una concentración de derechistas y neonazis:

—¡Fuera con la fosa común financiera judía!

En las pancartas aparecía el edificio del hospital judío de 1914 en la Exerzierstraße y, no lejos de allí, el Hospital Infantil Judío segregado once años después como institución propia. Junto a las imágenes figuraban las cifras anuales de niños ingresados —al principio había 110 camas—. La profesora Mendel había insistido en comenzar con los datos más recientes: quienes miraran debían descender con ellos, y con ella, hacia las profundidades del tiempo, por el peso, la importancia y la dignidad de todos aquellos sobre cuyos cimientos se dirigía ahora la mirada hacia atrás:

2025: 3.100

1989: 2.200

1977: 1.900

1945: 320, de ellos 93 encontrados con vida cuando entró el Ejército Rojo

1939: 950

1925: 650 ingresos hospitalarios

Paneles fotográficos ofrecían vistas de las salas, padres con hijos, médicas, médicos y bebés, adolescentes, enfermeras.

Dirección del Hospital Infantil Judío:

2003–: Prof. Dra. Lea Mendel

1985–2003: Prof. Dr. Israel Bendix

1963–1985: Prof. Dr. Leo Berendsohn

1945–1962: Dr. Daniel Hirsch

1942–1945: Dr. Dr. Chaim Mavet

La Dra. Bernstein se detuvo un instante más ante aquel nombre. Quizá porque no lo había encontrado en la página web. Y hasta entonces tampoco había aparecido en ningún discurso.

1925–1942: Dra. Dinah Halberstam

Evolución del Hospital Infantil Judío:

2022: colocación de la primera piedra de un nuevo edificio de hospitalización

1963: transformación en fundación de derecho civil —entidades responsables: Comunidad

Judía y Land de Berlín—, cooperación con el Centro Perinatal Rudolf Virchow/Charité

1989: modernización; hospital universitario docente en colaboración con la Charité

1945: reconstrucción; restablecimiento del funcionamiento hospitalario regular para la población general, especialmente importante para la asistencia en Wedding

1942: sustitución de la dirección judía

Plantilla: fuertemente reducida; la afluencia de pacientes supera las capacidades

1935: nuevo cambio de «Persische Straße» a «Iranische Straße»

1934: cambio de dirección de «Exerzierstraße» a «Persische Straße»

1933: prohibiciones nacionalsocialistas de tratar a niños «arios»; los empleados no judíos deben ser despedidos

1925: separación administrativa del Hospital Judío de Berlín

Escenas de juego del jardín de infancia anexo y de la guardería infantil de los años ochenta.

En una conversación al margen con el director del departamento de Sanidad de Berlín:

—Berlín está fuertemente endeudada.

—El hospital infantil ha pasado por muchísimo. Incluso sobrevivió a la época nazi.

—Pero ¿cómo?

—No por culpa propia, tan poco como hoy.

—Tenemos que consolidar.

—Pero conservando su especificidad.

—Hablemos de ello. Hoy no. Hoy celebramos.

—Me resultaría más fácil celebrar si supiera que va a continuar.

—La clínica continuará. También tengo la confirmación de todos los implicados de la Charité, de los principales políticos del ayuntamiento y del Gobierno Federal. Los únicos

contrarios son los diputados de la derecha y la Comisión de Sanidad del Parlamento, dominada por la derecha.

El rostro de la profesora Mendel se ensombreció.

Sabía que, si volvía a coger ahora el micrófono, ofrecería a la prensa presente un único tema, uno que no quería proporcionar ni a ella ni a la derecha como plataforma.

El director del departamento de Sanidad tenía razón.

Hoy tenía que celebrar.

Y crear una posición de partida mejor para las negociaciones de las semanas siguientes.

Una señora con algunas canas la llevó aparte.

—Me llamo Rabinowitsch. Elsa Rabinowitsch. Mi familia procede de Silesia, de Ratibor, pero mis abuelos lograron escapar a Estados Unidos en 1942, después de que sus gemelas fueran tratadas en el Hospital Infantil Judío y una de ellas, mi madre, fuera salvada.

—¿Y la otra gemela?

La mujer hizo un gesto con la mano.

Tenía lágrimas en los ojos.

—Lo que usted hace, su lucha, su compromiso... nuestra familia la apoyará a usted y al hospital. Tenemos cierto patrimonio. ¿De cuánto es la necesidad anual?

—Venga conmigo a mi despacho —le pidió la profesora Mendel—. Podemos dejar a los invitados por un momento en manos de mis colegas.

—Hábleme de sus experiencias y de las de su madre y sus abuelos —abrió la conversación, y pidió a la Dra. Bernstein que llevara un té a la señora, que hablaba un alemán intacto, aunque teñido de acento estadounidense y salpicado de expresiones en yidis.

—Demasiado para aquí y para hoy. Pero me quedaré algunos días más en Berlín. Quiero visitar algunas tumbas. También la Gran Sinagoga. Y después ir a Ratibor, la actual Racibórz. Al antiguo cementerio judío, donde se supone que se encuentra también la tumba de la madre de la Dra. Halberstam. Su hija nos salvó y quiero rendir honor y gratitud a su madre, llevarle una piedra.

—¿Precisamente a ella?

—Hubo mejores. También hubo peores. Por el bien que quedó, debemos estar agradecidos eternamente.

La profesora Mendel guardó silencio.

—Dígame con total franqueza qué necesita el hospital para sobrevivir.

La profesora Mendel no se atrevió a responder. Cogió una pluma. Escribió una cifra.

Detrás añadió:

déficit anual.

Elsa Rabinowitsch guardó el papel en su pequeño bolso, se levantó y tendió la mano a la profesora Mendel.

—Gracias. Gracias por que exista este lugar. Seguirá existiendo. Tendrá noticias mías.

Déjemelo a mí... a mí y a mi duelo.

La profesora Mendel se sentó brevemente en la silla de su escritorio y miró el pequeño bloc de notas al que le faltaba la hoja superior. La pluma estilográfica estaba al lado, sin capuchón.

Fuera, el mundo parecía no haber cambiado.

Desde el piso inferior le llegaban ruidos fuertes; del jardín de infancia sonaba música, los niños gritaban.

Miró el programa de operaciones, su busca, se recompuso.

Salió del despacho.

—Gracias, Dra. Bernstein, por el té. Estoy en quirófano. Por favor, vuelva a bajar a echar un vistazo. Si me necesita, llámeme por el busca. Dígame cómo está la madre de Miri. Necesitamos urgentemente su riñón.

El encargo

El encargo de preparar el centenario se remontaba ya a algunos meses atrás. La Dra. Bernstein hojeó su agenda para reconstruir cómo se habían ido acumulando, antes de los acontecimientos, las preguntas políticamente delicadas.

Era el 2 de enero de 2024, vio.

Su jefa debía de haber llegado aquella mañana al despacho aún más temprano de lo habitual. Por lo general comenzaba su jornada a las seis de la mañana y pasaba brevemente por el relevo del turno de noche. Había que preguntar por los incidentes de las últimas horas. Visita con los médicos de planta, las enfermeras, los estudiantes. A las siete, de vuelta al despacho. Té, que ella, como asistente, le preparaba. Un biscote para su jefa, la profesora Mendel. Revisión del plan de guardias y de quirófanos. Primera operación.

La Dra. Bernstein encontró una nota de encargo de su jefa, sujeta a la agenda, que aquel día ya estaba sobre su mesa antes incluso de que pudiera poner el agua para el té. La jornada volvió a presentársele con toda viveza: *Abril de 2025 – 100 años del hospital infantil. Por favor, ir al archivo. Preparar material histórico para el centenario. Consultarme por cuestiones de protección de datos.*

Por una vez, una tarea diferente, había pensado. No sólo concertar citas para su jefa con pacientes, padres, colegas, organizar reuniones, sino hacer historia. La última vez que había hecho algo así había sido en el colegio.

Después de que su compañera de secretaría llegara a las ocho, la Dra. Bernstein emprendió una primera búsqueda. El Hospital Infantil Judío, comprobó enseguida, tenía ciertamente un archivo, pero, debido a unos daños causados por el agua, los documentos afectados habían sido trasladados al Hospital Judío para secarlos; además, allí querían incorporarlos al mismo sistema de registro que utilizaban para sus propios fondos.

Llamó por teléfono a sus colegas para anunciar su visita, recorrió la corta distancia hasta el edificio vecino, dejó que le mostraran las estanterías y armarios con cajas, cajones y archivadores, y comenzó como uno se imagina que comienza una historiadora: buscando los materiales más antiguos y disponiéndolos y organizándolos cuidadosamente sobre una mesa. Al menos, así parecían hacerlo los demás usuarios del archivo. No había muchas personas en la sala aparte de ella, pero era evidente que estaban absortas en sus investigaciones y, salvo un señor mayor, todos tenían sus mesas claramente estructuradas. Legajos, cajas y casetes, provistos de las correspondientes fichas de referencia. Sólo aquel hombre le llamó la atención. Había colocado sobre la mesa, como base para escribir, una bolsa de plástico completamente arrugada que había cortado para abrirla y que, entre lectura y lectura, intentaba alisar una y otra vez. También su mirada parecía confusa y poco enfocada. *Ay, Dios, pensó, ¿trabajar en un*

archivo acaba llevando a semejante estado mental? Los demás visitantes, sin embargo, casi exclusivamente mujeres, parecían bastante normales. Su vecina inmediata, con quien compartía el espacio de trabajo, le había dirigido una mirada amable y enseguida había colocado sus propios materiales de manera que quedara espacio suficiente para que la Dra. Bernstein pudiera extender los suyos.

No tardaron mucho los empleados del archivo en depositar una pila de materiales sobre su mesa. La Dra. Bernstein examinó los cuadernos y, después de revisar unos cuantos, sacó un texto:

Acta de segregación de la Dirección, 13 de febrero de 1924 – designación de la Dra. Dinah Halberstam por seis votos contra cinco. Habían votado contra ella cuatro hombres y la única otra mujer; por los nombres, los hombres que habían votado a su favor parecían haber sido médicos judíos, entre ellos también el entonces director del Hospital Judío, el profesor Heinz.

¿Revelaba aquello ya una tensión entre no judíos y judíos, entre conservadores y progresistas? ¿Cómo debía interpretar la actitud de aquella mujer?

Entonces la Dra. Bernstein pensó: *No me han encargado interpretar, sino únicamente preparar los materiales.*

Conocía a su jefa lo bastante bien como para saber que quería hechos sólidos, sobre todo datos económicos.

Y, en efecto, la Dra. Bernstein encontró los informes correspondientes.

En el año de la segregación, la situación financiera de la clínica judía parecía buena. Entre los ingresos figuraban: fondos municipales, aportaciones de las cajas de seguro de enfermedad, donaciones privadas —Rothschild, el entorno de los Mendelssohn-Bartholdy— y otras formas de financiación. Una anotación: estabilización tras la hiperinflación de 1923 mediante el *Rentenmark* y el *Reichsmark*.

En consonancia con ello, leyó sobre la modernización de los quirófanos, la ampliación de los servicios de radiología y de los laboratorios y la profesionalización de la enfermería. A ello contribuía la elevada proporción de pacientes no judíos.

Otros ingresos adicionales importantes procedían de banqueros, editores, comerciantes y médicos judíos.

Sólo en 1929 comenzaron a cambiar las valoraciones y los ingresos reales consignados: disminuyeron las aportaciones de las cajas de seguro de enfermedad y la ciudad redujo sus subvenciones. De la industria y de los bancos llegaban menos contribuciones que antes. La proporción de pacientes judíos aumentó, al tiempo que la viabilidad económica se veía cada vez más limitada.

Cuando quiso examinar las cajas rotuladas 1933–1945, advirtió que precisamente aquel material era el que más había sufrido los daños causados por el agua. Pidió a los empleados del archivo que comprobaran qué documentos necesitaban reparación y restauración. Le dijeron que se ocuparían de ello y que la Dra. Bernstein volviera aproximadamente dos semanas después.

Su jefa se mostró ya muy satisfecha con aquellas primeras informaciones.

—Por favor, tenga cuidado al trabajar con los documentos de los años siguientes —dijo finalmente la profesora Mendel—. Se trata de un periodo delicado para la clínica. En cuanto tenga una primera visión de conjunto, entréguese un resumen; entonces veremos cómo seguimos.

El encargo estaba claro. Pronto podría, y tendría que, volver a sacar tiempo de su jornada cotidiana para dedicarse a la investigación histórica.